

## Reflexiones en torno al libro *Y me llamaron Julita* de Obdulia Báez Félix

Ricardo Cintrón Bracero  
Departamento de Español  
Universidad de Puerto Rico en Ponce

“[Julita] volvió al presente y exclamó:  
¡Café, ese es el arbusto,  
que en prolífera unión con la lluvia,  
ha dado hoy, en la finca de mi familia,  
el fruto que calma el hambre de mi pueblo!”  
-Obdulia Báez Félix

El término contemplación se define como “consideración o miramiento que se guarda a alguien” (DRAE). Este acto dirige nuestra atención hacia un asunto o una persona en particular; es una apremiante diligencia que urge y que satisface alguna necesidad del ser humano. Basándonos en estos señalamientos, afirmamos que la trama de los cuentos breves que se desarrolla en la obra *Y me llamaron Julita* (2018) es el fruto o la consecuencia de una experiencia ponderada de la escritora Obdulia Báez Félix. Ella vivió lo que Elidio Latorre Lagares, en el “Prólogo” de la mencionada obra, considera “un estado del alma que es poesía; es decir, una condición de vida”. De acuerdo con lo antedicho, contemplamos la obra de la mencionada escritora bajo esta mirada y, tal vez, la de la misma Julia Constanza.

Mientras leemos los relatos, nos percatamos de una serie de sucesos que vivió una niña, hija de Don Francisco Burgos y Doña Paula García. Dichas vivencias parten de su infancia y continúan en su preadolescencia. Según la Psicóloga infantil Sara Torres, en su artículo “Cambios emocionales en la preadolescencia”, “la preadolescencia es

ese estado vital entre la niñez y la adolescencia (que) marca el comienzo de una nueva etapa de construcción de la identidad de nuestros niños. En esta construcción de su yo, intervienen cambios corporales, conductuales y emocionales”.

Por tanto, vinculamos el crecimiento de la Julita de Báez Félix con toda su realidad inmediata. El personaje principal se caracteriza por ser curiosa, empática, apacible, amante de la naturaleza y de buen carácter. Nunca se enoja ni se decepciona, a pesar de que en el cuento titulado “Una aventura en el cementerio” se asombra por una visión que tuvo en la necrópolis. Cabe destacar que, en esta obra, los personajes -mediante sus rimas- exclaman y hacen partícipe al lector de su evolución y, por extensión, de la recreación verosímil de su vida.

Es importante señalar que la narración ofrece detalles relevantes sobre el lugar y la atmósfera. Todas las historias ocurren en el Barrio Santa Cruz, localizado en Carolina, Puerto Rico. Por allí fluían dos cuerpos de agua: una quebrada y un río, que se conocen

como la Quebrada Limones y el Río Grande de Loíza, respectivamente. La vida familiar de Julita era alegre, armónica, funcional y saludable. Admiraba a sus progenitores, Don Francisco y Doña Paula; a pesar de que las mayores muestras de afecto las tiene con la figura materna. Este asunto atina en la obra con el pensamiento de la autora, porque se desprende que propone a la mujer como enclavije del hogar de la Isla del Encanto, asunto que la historia literaria contemporánea resalta.

Hay que destacar que Julia, en casi todas las narraciones, tiene un encuentro con el Río Grande de Loíza, que, personificado, podríamos considerar su lazarillo o, como ella lo nombra, su confidente de aventuras. No olvidemos que el río es un gran símbolo positivo que “se asocia con la fuerza creadora, de la vida y del renacer de los ciclos de la naturaleza”, según lo especifican Alfonso Serrano y Álvaro Pascual en su *Diccionario de símbolos*. En el primer relato, titulado “Julita,” es la madre quien propicia esta confluencia íntima; mientras que en el segundo, “El arcoíris mágico”, es este fenómeno óptico de siete colores lo que lo genera. La misma situación ocurre en el tercer apólogo de esta colección, “El primer día de clases”. En “La gran aventura del caracol marino” y “En busca del Espíritu del Agua” es la niña, sin embargo, quien se dirige hacia dicho cuerpo de agua. Esa expresión de compenetración trascendental, pero de forma más intensa, la vive en “Un nuevo amor”. Lo mismo podría rastrear también en las historias “Y nació el café” y “Llegó la Navidad”.

Lo más característico de todos los apólogos es que –además de su

autonomía e independencia en contenido- posibilitan la identificación de estampas puertorriqueñas con las de Abelardo Díaz Alfaro. Basta mencionar el paralelismo de esta obra con los cuentos “Peyo Mercé enseña inglés” y “Santa Clo va a la Cuchilla.” Por consiguiente, el costumbrismo borincano es palpable en toda la narración y su criollismo se presenta mediante unos dinámicos cuadros (o retratos) de la vida y la aportación del admirado jíbaro o campesino puertorriqueño.

Es notable que el personaje principal de *Y me llamaron Julita* vista colores afines con los de la naturaleza, como el verde. Esto lo revela significativamente la voz narradora. En las ilustraciones, de hecho, se vislumbra como una niña mulata con características muy afines con la afrocaribeñidad. De esta manera, el personaje proyecta un relevante sentido de caribeñidad (es decir, no se insulariza); encauzando así todas las imágenes relacionadas con la flora, la fauna y, especialmente, con el río hacia la incorporación de lo individual en lo Absoluto. En relación con ello, la época no incardina a los personajes en unos años determinados; sino que los atemporaliza, puesto que la presencia, la proyección y la aportación de cada uno, especialmente la de Julia, es viva, eficaz y trascendental.

Puede vincularse esta proyección sustancial y tal atemporalidad de las imágenes en la obra de Báez con el estribillo incorporado a manera de epígrafe en esta reseña, y que versa de la siguiente manera: “¡Café, ese es el arbusto, que, en prolifera unión con la lluvia, ha dado hoy en la finca de mi familia el fruto que calma el hambre de mi pueblo!”. Queda del lector el tipo de

hambre que sacia el café y su multiplicidad de significados dentro de la obra. No obstante, hay que decir que el café se asocia con la historia del pueblo hispanoamericano. Fue el bastión económico de Puerto Rico durante el siglo XIX. La importancia que el mismo implicó internacionalmente para la Isla determinó que se convirtiera en un símbolo de puertorriqueñidad, lo cual aprovecha la narrativa de Báez para expresarlo como ícono nacional. Es una especie de *borifanía*, entiéndase, una manifestación de lo borincano (y perdonen el neologismo). Se relaciona con el crecimiento y el esplendor de Julita y, más adelante, con su metamorfosis. No en vano el apólogo titulado “Y nació el café” es un poco más extenso que los demás e incorpora magistralmente elementos narrativos como lo fantástico y lo mágico con el criollismo puertorriqueño.

Hay que añadir que la autora demuestra su dominio en el arte de escribir, pues permite el vuelo imaginativo propio de un niño mediante una voz pueril y omnisciente. Es como si al momento de escribir, el Arquitecto Sideral, conocido también en el texto como el Gran Espíritu del Agua, tomara posesión de la escritora y la convirtiera en el vehículo idóneo para transmitir fluida y transparentemente su mensaje.

Sus imágenes son muy certeras y atinadas a la luz de la trama de cada historia. La autora cuenta además con un estilo sutil y elegante. Su lenguaje es accesible a los niños y a los adultos, capaz de presentar en cada pincelada diversas experiencias incipientes de la hija de Francisco y Paula sin menoscabar, en su esencia, la “verdad” histórica. Más allá de exponer a una Julita transverberada, sufrida y tradicionalmente sometida a la pasión; crea un personaje activo, alegre, militante, dinámico y en continuo contacto con el mundo que le rodea. De la misma manera, inserta a los personajes y al destinatario de la narración en unos escenarios dentro de un ambiente de paz y de serenidad, cualidades muy características y apropiadas de la narrativa infantil. De ahí que el Espíritu del Agua nos guíe hacia un proceso de lectura reflexiva y placentera. Sin embargo, deja un final abierto; el deseo de una posible trilogía que trate sobre la vida joven y adulta de la futura maestra, vocación definida y expresada por Julita desde un inicio. Por ahora, la poesía de Julia, su dedicación al magisterio y su militancia por los ideales que consideró justos quedan en suspenso. Ya nos avisará la cuentista Báez Félix del día en que Julia viva “un nuevo amor”.